

PERSPECTIVAS BELICAS DE OCCIDENTE (*)

(Contribución al problema de la actitud de la Alemania occidental)

PROLOGO

Una cancioncilla.

Nos hallábamos en octubre de 1950 en un cómodo hotel de Allgau; los huéspedes bailaban, vencidos el peso y el trabajo semanales, una tarde de sábado, al son de una orquestina. Bailaban la *samba* y tarareaban un estribillo :

«¡Ay, ay, ay, Corea!
Cada vez más cerca está la guerra.
Bailamos el paso coreano :
Uno adelante y dos atrás.»

También bailaban soldados extranjeros. No prestaban atención a la letra alemana y apenas entendían su sentido. Los alemanes, sin embargo, cantaban desde el sordo presentimiento de un mal que se avecina. Buscaban expresión al pesar, que les oprimía como algo futuro, irremediablemente alzado ante ellos, como un alud amenazador. Incluso en su ingenua alegría tomaba expresión la incierta situación mundial a la que están expuestos, inermes e indefensos. Y era doloroso ver cómo los hombres, sin malicia, en medio de su reposo, pensaban en la amarga seriedad de la guerra, la guerra cuyo terror acababan de vivir y al que creían ya haber sobrevivido. Uno sufría con ellos y buscaba la salida, la respuesta a la pregunta :

(*) Publicamos bajo este título, y con las debidas autorizaciones, la versión del folleto de reciente publicación del general Guderian, aparecido bajo el título original *So geht es nicht!* (Heidelberg, 1951), cuya traducción literal sería *Así es imposible*. En este número de CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL aparece la primera parte, y la conclusión se publicará en el siguiente. Hemos preferido sustituir la versión del título original por un enunciado que resume más claramente el contenido de la obra.

¿Cómo puede defenderse Alemania?

La cuestión condujo a una investigación de nuestras posibilidades y de su capacidad de resistencia, frente a las cargas que están en trance de imponérsenos. Su resultado no es demasiado satisfactorio; sin embargo, contribuirá tal vez a la explicación de las opiniones sobre nuestro porvenir y a configurar objetivamente la posición de los soldados veteranos y futuros.

EL AUTOR.

I.—ESPACIO Y TIEMPO EN LA ESTRATEGIA MODERNA.

El problema de espacio y tiempo en la estrategia no corresponde a ninguna época; es tan antiguo como las luchas mismas que el género humano libra desde sus orígenes. No es extraño, por lo tanto, que Clausewitz se ocupara del problema y que dedicara a sus pensamientos sobre este tema dos capítulos en su obra *De la guerra*. En el libro tercero encontramos los títulos «Concentración de las fuerzas en el espacio» y «Concentración de las fuerzas en el tiempo». Ya estos títulos caracterizan certeramente qué es lo que debería interesar no sólo al militar, sino también al estadista.

Pues no son sólo los militares los que tienen el deber de ocuparse de las leyes fundamentales de la guerra. Según Clausewitz, «la guerra no es sino la diplomacia continuada por otros medios». Había comprendido claramente que la guerra es un acto político, y no simplemente un acto militar arbitrario. Por ser esto así, todos los políticos (incluso los presuntos pacifistas) tienen el deber de comprender las leyes fundamentales de la guerra y de estudiarlas para dominarlas a fondo. Si no poseen este conocimiento, fracasarán en su política, tanto si rechazan la guerra como si la temen, o si con criminal ligereza la buscan.

Los políticos tienen tanto más motivo de preocuparse de las leyes fundamentales de la guerra, cuanto que, por lo común, se mantienen al margen de las acciones de guerra, descargando sobre el militar la ardua tarea de la cual se hacen mandantes los políticos.

Espacio.

Según Clausewitz, la mejor estrategia consiste en *ser siempre muy fuerte*; en primer lugar, de un modo absoluto, y en segundo, en el

punto decisivo. De ahí que además de la energía que proporcionan las fuerzas y que no procede siempre del jefe, no exista ninguna ley más sencilla ni más importante para la estrategia que la siguiente: *no dispersar sus fuerzas* (subrayado de Clausewitz).

Estos pocos principios encierran multitud de enseñanzas. Si nos dirigimos hacia el pasado más próximo que nos es conocido y al presente, se nos ofrecerán los siguientes hechos:

1.—Después del desastre de Alemania en 1945 y desarmado el Ejército alemán, las potencias occidentales victoriosas también procedieron a su desarme, mientras la potencia oriental victoriosa y parcialmente deudora de su victoria a aquéllas, procedió a rearmarse. Entre estos dos grupos de potencia victoriosa se produjo un vacío político, militar y económico: Alemania, o, mejor dicho, la Europa central.

2.—La potencia oriental se compone de una masa territorial gigantesca y coherente: el Continente asiático y la mayor parte de Europa que solemos llamar *Eurasia*. La forma estatal espacialmente más grande de esta potencia la constituye la Unión Soviética, que ha unido a su política a una serie de Estados más pequeños, los *satélites*, y que está ligada por un pacto al Estado más poblado de Asia, China. La suma representa, en números redondos, 35,6 millones de kilómetros cuadrados, con 773,9 millones de habitantes.

Las comunicaciones entre los elementos de la potencia oriental se sirven por vía aérea o por vía terrestre, principalmente mediante el ferrocarril. La cantidad y la capacidad de rendimiento de los medios de transporte aéreo no son exactamente conocidas, pero probablemente de momento inferiores a las de las potencias occidentales. Los ferrocarriles se han desarrollado relativamente poco y son vulnerables, pero hay que destacar la habilidad de los rusos para reparar los daños. Las comunicaciones marítimas han ganado importancia en aguas árticas, pero para el transporte de tropas y avituallamiento parecen jugar en caso de guerra un papel secundario.

Las comunicaciones deficientes representan una debilidad esencial del bloque oriental.

La riqueza en hombres del bloque oriental permite, a causa del ele-

vado número de armamento, la concentración de fuerzas militares suficientes en los puntos cruciales políticos previstos, tanto para la defensa como para el ataque; los medios de comunicación facilitan el desplazamiento de fuerzas, en tanto la red de comunicaciones permanezca intacta, o sea en la *guerra fría*. El *telón de acero* garantiza en alto grado el secreto de todas las medidas militares y coloca así a los rivales políticos siempre ante nuevas sorpresas, las cuales suelen ser el primer supuesto del éxito. La iniciativa política pertenece al bloque oriental; él es quien dicta por ahora la ley de la acción.

3.—Las potencias occidentales están guiadas por los Estados Unidos, la potencia principal del Continente americano, que en el Este y en el Oeste está protegida por océanos contra cualquier ataque enemigo inmediato a tierra firme: una ventaja extraordinaria de su situación geográfica.

La segunda potencia occidental es la Commonwealth británica, compuesta de las islas de la metrópoli, Canadá en el Continente septentrional de América, la India, Ceilán y Malaya en el extremo meridional del Continente asiático, Africa del Sur y Oriental y Australia, así como de una serie de otras posesiones, entre las que se destaca el importante punto de apoyo en el Este de Asia: Hong-Kong.

La tercera potencia occidental, Francia, además de apoyarse en la metrópoli —verdadera metrópoli de la Europa occidental— dispone del Imperio colonial de Africa del Norte y Occidental, de la isla de Madagascar, en el océano Indico, y de Indochina, el país que linda por el Norte con la República de la China roja; posee, además, una serie de colonias menores.

Estas tres grandes potencias se han aliado con una serie de otros Estados. Comprenden unos 35 millones de kilómetros cuadrados con 750 millones de habitantes.

Las comunicaciones entre las potencias occidentales se establecen predominantemente por vía marítima y aérea. La capacidad de rendimiento de estos medios de transporte es grande. Las exigencias a que tendrán que hacer frente son, sin embargo, mayores. Sólo si se asegura el dominio del mar y del aire, podrán responder a las exigencias. El tiempo necesario para el transporte aéreo es escaso, pero el invertido

en el transporte marítimo es considerable, teniendo en cuenta las grandes distancias a cubrir.

Escasez de elemento humano y estado de armamento inferior exigen una nivelación mediante una más elevada pericia y transportes rápidos, si es que se ha de tener en cuenta la proposición fundamental de Clausewitz antes citada: ser muy fuerte en el punto decisivo y no dispersar sus fuerzas.

4.—Entre los dos grandes bloques existen unos cuantos países cuyo potencial dejamos con una interrogante: son los neutrales de Europa (Suiza, Suecia, España, Yugoslavia) y, además, Alemania y Austria, con 1,7 millones de kilómetros cuadrados y 124 millones de habitantes.

5.—Las experiencias obtenidas hasta ahora en Corea han mostrado que las potencias activas de las Naciones Unidas, que son en Corea preponderantemente las potencias occidentales, en la medida en que han intervenido elementos militares, han obrado, después de conocer la intención norcoreana, con mucha rapidez, para restablecer la situación, pero que la gran distancia del escenario bélico, unida a la poca preparación de las fuerzas de combate y el lento transporte por mar, tuvieron efectos, a la larga, tan desventajosos que pudo llegarse a la seria crisis de diciembre de 1950.

Desde la entrada de la China roja en la guerra se advierte que, por las facilidades de comunicación, superioridad numérica y la oportuna concentración de fuerzas en el punto decisivo en cada momento, la balanza se inclina a favor del Ejército oriental de tierra.

6.—Las potencias occidentales tienen que confesar que han lesionado la conocida proposición fundamental de Clausewitz: ser siempre muy fuerte, en primer lugar, de un modo absoluto, y en segundo, en el punto decisivo. No han tenido en cuenta el más alto y a la vez más sencillo principio de la estrategia: *no dispersar sus fuerzas*.

A este propósito sería interesante saber si los consejeros militares del Presidente de los Estados Unidos han asentido a la decisión de intervenir en Corea o si la iniciativa para la guerra partió de los políticos. «Parece que los consejeros militares, tanto los del Gobierno

británico como los del americano, recomiendan sobre todo moderación, porque temen poner a prueba sus hasta ahora siempre aun escasas fuerzas en una empresa militar que a la larga no ofrece grandes perspectivas» (*Neue Zürcher Zeitung*, 9-XII-50). ¿No habría podido suceder algo parecido ya al principio del conflicto de Corea?

7.—Para nosotros, europeos occidentales, es especialmente importante el hecho siguiente: las fuerzas militares, ubicadas ahora en el Lejano Oriente, no podrán ser fácilmente retiradas de ahí, a no ser al precio de una derrota o, por lo menos, de una pérdida de prestigio. Con ello llegamos a la cuestión del punto decisivo. ¿Es Corea el punto decisivo en la gran pugna que se prepara entre los bloques occidental y oriental? ¿Es que será el Extremo Oriente el espacio decisivo en esta lucha?

El general americano Omar N. Bradley, el jefe del *Joint Chiefs of Staff* y del Pentágono de los Estados Unidos, ha señalado como espacio decisivo para Estados Unidos, primero a los Estados Unidos mismos y después a la Europa occidental. ¿Vale esta opinión también por los demás signatarios del Pacto del Atlántico Norte?

La determinación del espacio decisivo no es —como permite conocer la cuestión en sí— un problema exclusivamente militar. Los puntos de vista político y económico jugarán la mayoría de las veces un papel considerable, a menudo un papel definitivo. Al militar le corresponde luego decir a la dirección política del Estado si el problema planteado es soluble o no. La dirección política —si confía en sus consejeros militares y en su capacidad de entendimiento militar, político y económico— seguirá entonces su consejo. De no hacerlo así, carga con ello con la responsabilidad exclusiva de las consecuencias de su decisión.

Una vez establecido el espacio decisivo, lo más importante es cumplir la más alta y más sencilla ley de la estrategia: no dispersar sus fuerzas. En la guerra sólo lo sencillo es promesa de éxito; pero precisamente lo sencillo suele ser lo difícil. Lo sencillo hay que hacerlo también ya antes de la guerra, en la preparación de la guerra y en los esfuerzos por mantener la paz. Nada mejor explicará estos principios que el ejemplo de Corea, Indochina y Malaya.

Si Europa, la patria de la mayoría de los hombres de raza blanca,

es el espacio decisivo para las potencias occidentales y no el Oriente, el espacio habitado por la raza amarilla, entonces la intervención con gran número de fuerzas en el Lejano Oriente significa una contravención contra «la más alta y la más sencilla ley de la estrategia». La guerra de Corea ha exigido hasta ahora la inmovilización de gran número de fuerzas de la O. N. U., en especial de las de los Estados Unidos. Las alteraciones de Indochina han obligado a Francia a fijar allí 160.000 hombres y partes muy esenciales de sus fuerzas aéreas. Las sublevaciones de Malaya ligan a esa zona a unos 140.000 hombres del Ejército británico; otro contingente de tropas británicas muy considerable lo absorbe la plaza de Hong-Kong. Cada una de las tres grandes potencias está convencida de que su dispersión de tropas se ha producido de acuerdo con puntos de vista militares acertados y como consecuencia de necesidades políticas. Desde el punto de vista occidental llega uno a conclusiones distintas. Clausewitz dice: «Parece increíble y ha sucedido, en cambio, cientos de veces que las fuerzas de combate se dispersen, sólo a causa de un sombrío sentimiento maniaco extraño, sin saber claramente por qué.» Si son motivos políticos los que obligan a esta dispersión de las fuerzas, tal como la hemos descrito, entonces nos parece falsa esa política y, por tanto, las potencias occidentales deberían modificarla, para satisfacer a la exigencia de la más alta y más sencilla ley de la estrategia. Si no lo hacen, entonces no podrán realizar la «concentración de las fuerzas en el punto decisivo» y a tiempo, lo que puede ocasionar consecuencias militares y políticas muy serias.

«Si se reconoce la concentración de toda la fuerza combativa como norma y cualquier división o dispersión se considera como un desvío que deberá estar muy justificado, entonces no sólo se evitará totalmente aquella necesidad, sino que se impedirá incluso que nadie alegue motivos para la dispersión» (Clausewitz).

Tiempo.

«La guerra es un choque entre fuerzas opuestas, de lo que se deduce por sí mismo que la más poderosa no sólo aniquilará a la contraria, sino

que la arrastrará en sus movimientos. Esto no implica lógicamente un empleo sucesivo de las fuerzas, sino que el empleo simultáneo de todas las fuerzas destinadas para el choque constituye una ley elemental de la guerra» (Clausewitz).

Si pensamos en las dos guerras mundiales pasadas, tenemos que distinguir entre las potencias continentales, que aspiraban desde el comienzo de las hostilidades a hacer pesar en la balanza la masa de sus fuerzas con efectos simultáneos, y las potencias marítimas, que se tomaron tiempo suficiente para prepararse y hacer intervernir a sus fuerzas principales en el momento oportuno. En ambas guerras mundiales, sobre todo los Estados Unidos, han hecho atacar a sus fuerzas cuando su contrario principal estaba ya tan debilitado por una lucha de varios años de duración, que no necesitaba ya más que el tiro de gracia para sucumbir.

Las potencias marítimas han dispuesto hasta ahora en su historia siempre de mucho tiempo. Su situación geográfica y las grandes distancias de sus objetivos bélicos se lo garantizan. Esto se manifestó como algo muy útil y condujo a la política del *wait and see*, la política de la espera, que permitía modificaciones a veces incluso en el último minuto y que se practicaba hasta que se sabía exactamente quién era el vencedor; entonces era fácil inclinarse de su bando.

Muy distinta era, normalmente, la situación de los Estados continentales de Europa. Chocaban en un espacio estrecho y estaban obligados, ante el peligro de fronteras terrestres abiertas, a una acción inmediata con empleo simultáneo de todas sus fuerzas disponibles. No había ningún Canal de la Mancha ni ningún océano que permitiese disponer del tiempo necesario para perfeccionar el armamento, ni para dilaciones que determinarían un desarrollo político y militar. Por eso mantenían sus ejércitos en pie de guerra, que en situaciones de tensión reclamaban una fuerte atención por parte de las fuerzas del Estado. Por eso, también, cobraron una influencia dominante en la vida total del Estado las opiniones militares. Nuestros enemigos de entonces llamaban a ese fenómeno *militarismo*, y creían que era una especialidad de los alemanes y sobre todo de los prusianos. Les pareció adecuado extirpar, a sangre y fuego, el *militarismo*, difamando y arruinando al militar profesional. Pero aun, sin haber pasado cinco años desde que se consumó el hecho, tienen que reconocer con terror que, eliminando el milita-

rismo prusiano-alemán, habían eliminado también el fuerte y fiel muro de contención que les protegía hasta ahora —sin preocuparse de sus disensiones internas— contra el peligro que les amenaza desde el Este. Habiéndose privado de esta defensa para ellos ignorada, se hallan ahora directamente frente al comunismo. Cara a cara, un enemigo tan temible, hace cobrar a todo un aspecto diferente. El factor *tiempo* asciende a una significación insospechada para las potencias occidentales. Pero después de la segunda guerra mundial no sólo se había procedido al desarme moral y militar, sino también en el terreno industrial y de materias primas, completamente opuesto a lo que hacía la potencia del Este, y con ello ha caído su factor *tiempo*, o sea *estrategia*, en desventaja.

Hay potencias occidentales que aun hoy no han reconocido la inmensa importancia que tiene el factor *tiempo* en la preparación de conflictos futuros. A este propósito hay que nombrar, en primer lugar, a Francia, que retrasa el fortalecimiento militar de la Europa occidental. Y no son precisamente los militares franceses, ni tampoco el pueblo, los que cometen este error, sino los políticos. Preocupados por el temor que les causa el resurgimiento de Alemania, frente al comunismo en el interior, a la superioridad económica de las potencias anglosajonas, al bolchevismo asiático, los políticos franceses parecen no decidirse a determinaciones totales y saludables. Por sus rodeos políticos, tan complicados, despilfarran el tiempo tan escaso y tan valioso de que aun puedan disponer los europeos para asegurar la paz.

Clausewitz dice: «Todas las fuerzas destinadas y existentes para un objetivo estratégico, deben ser empleadas simultáneamente en el mismo objetivo, y su empleo será tanto más perfecto cuanto más se concentren todas en una acción y un momento.» Podría resultar que los políticos franceses reconozcan en el último momento que están cavando su propia sepultura con la política de vacilaciones y de alfilerazos. «Pero lo que se decide en el último momento, no devuelve la eternidad», ha dicho el poeta.

Para las potencias marítimas ya no puede tener vigencia el principio *wait and see*. La moderna técnica bélica no tiene limitaciones para los bombarderos y los proyectiles dirigidos. Ya no es esencial la insularidad de Inglaterra frente a tales medios de combate, y ni siquiera es

inaccesible el Continente americano. De ahora en adelante, las potencias marítimas estarán tan afectadas por una *guerra caliente* y los efectos de las armas modernas como lo estuvieron hasta ahora las potencias continentales, menos favorecidas por su situación geográfica. El comienzo de las hostilidades ya no se anuncia, como en los tiempos caballescicos tan injustamente ironizados, cuando antes y después del combate los caballeros bajaban la espada. Hoy en día, las guerras comienzan en una noche cualquiera, sin previo aviso y por sorpresa, y el que pierde es condenado a la horca. Si ya antiguamente, cuando se cometía un error en la disposición y en la preparación de las fuerzas, el error era difícil de reparar, ahora, en la época de la industrialización, apenas se podrán remediar las faltas que se cometan en la preparación de la guerra. Sin embargo, estas faltas en la adecuada preparación de las fuerzas podrían tener, dadas las grandes distancias que entran en juego para las potencias marítimas, consecuencias fatales. El tiempo perdido en la paz difícilmente podrá recuperarse alguna vez.

Si bien el bloque oriental también está afectado en el desplazamiento de fuerzas por comunicaciones premiosas y vulnerables, hay que concederle que hasta ahora no ha perdido el tiempo con vistas a un conflicto futuro.

II.—LA ESENCIA DE LA ESTRATEGIA ACTUAL.

Desde que Clausewitz escribió su libro *De la guerra*, la estrategia se ha modificado notablemente. Cuando murió, en noviembre de 1831, los ejércitos se componían de las tres Armas «clásicas» principales: la Infantería, la Caballería y la Artillería, que acababa entonces de recibir nuevas posibilidades de aplicación por Napoleón I. No se conocían trenes, ni barcos de vapor, ni acorazados, ni telégrafo, ni radiotelefonía, ni tampoco ametralladoras, tanques, aviones, ni gases, ni proyectiles dirigidos, ni bombas atómicas, ni submarinos. Todos estos medios de comunicación y de guerra han nacido en los últimos cien años. Han modificado de manera fundamental la esencia de la estrategia.

A la guerra marítima y terrestre, ya desde antiguo conocida, se ha agregado ahora la guerra aérea, y además hay que contar con la guerra psicológica, ideológica y de propaganda, la guerra de las industrias y de las materias primas; hay que contar, en fin, con lo que se calificaba de *guerra total*, y que mereció hasta ahora toda suerte de difamaciones. Parece que un método estratégico, una vez empleado, no puede ser abandonado después, como sucedió con la guerra submarina en la primera guerra mundial. ¿O tal vez sí? Porque en la segunda guerra mundial, todos los pueblos se manifestaron con el mismo respeto frente a la guerra de gases, de suerte que no se quisieron emplear después de las experiencias de la primera guerra. ¿Se abre un pórtico de esperanza con vistas a la bomba atómica? ¿Serían capaces los poderosos de este mundo a renunciar a ella? Desgraciadamente, de momento, hay que contar con la probabilidad de una guerra atómica.

La guerra terrestre.

La guerra terrestre que, como consecuencia de la superioridad de tiro de las armas automáticas y de la protección contra ellas, se había

convertido en guerra de trincheras, volvió a ser guerra de movimiento con la aparición del carro de combate. El desarrollo de una nueva táctica del arma de los carros y de una nueva estrategia de enlaces motorizados permitió, a principios de la segunda guerra mundial y en estrecha cooperación con una poderosa arma aérea, una realización tan rápida en las operaciones, que se hablaba con sorpresa de la «guerra relámpago», después de que poco antes de estallar el conflicto le mayoría de los Estados Mayores juzgaban con bastante escepticismo las posibilidades de éxito de los carros. Las ingentes obras de fortificación preparadas por los partidarios de una guerra de trincheras, del rodillo de fuego de la artillería y de una metódica bélica, no fueron capaces de paralizar la fuerza del movimiento. Un espíritu nuevo informaba la estrategia y seguirá viviendo en ella, aunque haya quienes vuelvan a considerar como muy útil la línea Maginot y confesando así cierta incapacidad estéril para determinadas tendencias estratégicas modernas, vuelvan a arrinconarse trémulamente en ella. La defensa de líneas —los Pirineos, la línea del Rhin, la línea del Elba— se discute vivamente, tanto como la cuestión de los «reductos», que deberán servir de refugio a la fuerza armada cuando venga, con todo su empuje, el gran asalto del enemigo en movimiento, como antaño la caballería de Ghengis Kan. Se preconiza la instalación de espacios fortificados. Pero no se sabe exactamente que el emplazamiento de tales zonas fortificadas cuesta mucho tiempo y mucho dinero, y que no sirven para nada si no están fuertemente guarnecidas y holgadamente abastecidas.

¿No hubiesen hecho los franceses mejor, antes de 1940, en gastar el dinero que tenían en fuerzas mecanizadas que en fortificaciones? ¿No hubiera podido ahorrarse Hitler la fortificación de la costa atlántica de haber construído suficientes tanques y aviones? ¿Y pueden protegerse los objetivos europeos por medio de fortificaciones frente al efecto a distancia de la artillería moderna, de las armas dirigidas?

¿Qué es, entonces, lo que se debe fortificar para la lucha terrestre y para la defensa en tierra?

Creemos que hay que proteger objetivos completamente distintos de los que se han protegido hasta ahora. En primer lugar, hay que asegurar los centros de abastecimiento, después las zonas industriales más importantes, después las bases aéreas. La protección de dichas insta-

laciones no debe estar prevista contra ataques terrestres, sino sobre todo contra ataques aéreos. Mucho antes se iniciarán los ataques aéreos y, además, con mucha mayor eficacia.

Sin embargo, hay que proveer de un modo también muy distinto a la protección de la población civil. En este punto hay para la fortificación terrestre muy amplias tareas, que se centran, en primer lugar, sobre la protección de los contingentes obreros de ciudades e industrias, pero también sobre la protección misma de la población en general.

La protección de la población contra la amenaza aérea es necesaria para todos los países, incluso para los neutrales. No es tanto una cuestión militar como una obligación humanitaria. Este tipo de fortificación tiene que llevarse a cabo también en Alemania sin demora. La legislación tiene en este caso una tarea urgente a cumplir. Ejemplos para su solución se hallan en todos los países, *verbi gratia*, en la Suiza neutral. Dificilmente podrán hacerse objeciones al Gobierno federal suizo por dedicarse a tan humanitaria tarea. Disposiciones contrarias a medidas de esta índole tendrán que ser necesariamente abolidas. A este propósito hay que mencionar la Ley núm. 23 del Consejo de Control (1). Ninguna casa de nuestras poblaciones, ninguna fábrica, ninguna estación, ni ningún otro edificio público podrán construirse sin un refugio antiaéreo suficiente. Las industrias nuevas, de importancia vital, deberán instalarse de acuerdo con las disposiciones que ya existían antes de terminar la guerra, es decir, descentralizadas y subterráneas. El coste, sin duda, mucho más elevado de semejantes instalaciones se verá compensado en el caso de una guerra, y tanto más cuanto menos armada esté la Europa occidental. Precisamente, porque sabemos exactamente que las guerras futuras se presentan de la noche a la mañana, que no se

(1) La Ley del Consejo de Control número 23 contiene, entre otras, las siguientes disposiciones:

Artículo 1.º Por el presente, se prohíben en Alemania y se considerarán como contrarias a la Ley: a) ...

b) Proyectos, planos, fabricación, construcción u obras de instalaciones militares de cualquier clase:

c) Proyectos, planos o construcción de cualesquiera edificios no militares, que en cualquier detalle del plano, del proyecto, de la construcción ó de la edificación pudieran prever una posible aplicación para fines de guerra.

Art. 2.º «Instalaciones militares» son, en el sentido de esta Ley, todas las construcciones que sirvan para fines de guerra, bien por mar, en tierra o en aire, o que sirvan para el sostenimiento de fuerzas armadas de combate, incluyendo los siguientes ejemplos, que no agotarán, sin embargo, la definición precedente: ...refugios antiaéreos militares y civiles...

(Siguen las disposiciones penales. Pero hasta muy recientemente, en la zona británica de ocupación de Alemania se procedió a la voladura de los últimos refugios antiaéreos.)

producirán lentas preparaciones ni declaraciones formales de hostilidades, hay que tomar toda clase de previsiones con la máxima precisión, manteniendo todo el mecanismo de defensa en constante tensión para aplicación inmediata.

A las medidas protectoras de esta índole pertenecen también la organización de los servicios contra incendios y sanitarios, la organización de la red de comunicaciones y de noticias, así como el anuncio de alarma, las medidas de policía para el aislamiento de zonas atomizadas y para la protección contra pillaje y sabotajes.

Y tratando de la cuestión de la defensa antiaérea, vemos que hemos penetrado en el campo de la guerra aérea.

Guerra aérea.

El arma aérea tendrá como misión básica la de cooperar con las fuerzas de tierra, para llevar a buen término las operaciones de éstas. Las fuerzas destinadas a esta misión se denominan *fuerzas aéreas tácticas*. Se compone de aparatos de observación, bombarderos de combate y cazas. Ningún ejército actual puede, sin disponer de una Aviación táctica en cantidad por lo menos equivalente a la de su presunto enemigo, combatir con éxito. Con esta afirmación se resuelve por sí mismo el problema de que si, en el caso de requerir una contribución alemana para la defensa de Europa, se le pueden conceder aviones.

Tanto como los ejércitos, también las flotas necesitan de una aviación táctica, si quieren poder hacer frente a la aviación enemiga. La aviación táctica al servicio de la flota se transporta en portaaviones, al menos en parte, y desde ellos están los aparatos en condiciones de despegar para cubrir tanto objetivos marítimos como objetivos terrestres.

Finalmente, las grandes potencias poseen fuerzas aéreas para la guerra de bombardeo pesado contra objetivos a larga distancia. El efecto de estos bombarderos —bombarderos de amplio radio de acción, bombarderos nocturnos— lo hemos experimentado en nuestra propia carne durante la segunda guerra mundial. Los bombarderos enemigos han atacado y destruido nuestra red de comunicaciones, nuestra industria de guerra, y también nuestras casas, nuestros monumentos artísticos e

incluso la gente en el campo o en las carreteras. Tenemos que constatar, a pesar del terror que siembra semejante estrategia, que la fe en la desmoralización provocada por los bombardeos se manifestó como injustificada. La moral pueblo alemán no menguó ni por los más feroces y crueles ataques aéreos. Aunque sí produjeron en el pueblo una honda amargura, y destruyeron valores artísticos y culturales que se han perdido irremisiblemente, sin haber contribuido a ventaja militar alguna. Resultaron ser un acto de barbarie.

El general de las Fuerzas Aéreas americanas, Vandenberg, explicó recientemente «que la idea básica del Pacto del Atlántico consistía en obligar al adversario a desgastar sus armas y su material en combates terrestres, mientras la aviación estratégica aniquilaría sus centros de producción y de abastecimiento con bombas atómicas. Correspondería en este caso a la infantería la función de retrasar el avance del enemigo lo suficiente para que no alcanzase nuevas zonas de producción —por ejemplo, el Ruhr— antes de que hubiesen sido destruidas sus líneas de comunicación con su retaguardia, pues si llegase antes a dichas nuevas zonas industriales podría encontrar también nuevas posibilidades de producción que le emanciparían de las de su retaguardia. Lograr semejante efecto parece muy difícil, según el juicio de las autoridades competentes de Washington, con el envío de exiguas divisiones a Europa» (*Neue Zürcher Zeitung*, 20 de diciembre de 1950). El general Vandenberg no ha expuesto dónde serían lanzadas las bombas atómicas cuando mencionó la explotación del Ruhr. Quisiéramos hacer previsoramente una objeción a su empleo sobre el suelo alemán. Una estrategia semejante practicada por las potencias occidentales sería el medio más seguro para apartar de ella a los alemanes. Por esa razón lo mejor sería no hablar siquiera de ella, porque tales explicaciones resultan ambiguas.

Lo problemático que resulta, además, la guerra aérea y sus efectos sobre objetivos terrestres lo demuestra la guerra de Corea. La inicial e indiscutible superioridad en el aire de las fuerzas de la O. N. U. no ha sido capaz de decidir las operaciones terrestres y, al parecer, tampoco puede hacerlo hoy, cuando ya ha pasado el tiempo suficiente para haber tomado las medidas pertinentes. Se puede objetar, ciertamente, que en zonas más densamente pobladas y con objetivos más extensos, pueden lograrse mayores efectos. Corea no ofrece, por tanto, un ejemplo sin

objeciones para las consecuencias que podría tener una guerra aérea concentrada sobre las zonas densamente pobladas de la Europa occidental.

El general Vandenberg habla de «obligar al adversario a desgastar sus armas y su material en combates terrestres». ¿Cómo, preguntamos, si el enemigo no se deja? La *guerra relámpago* demuestra que con el progreso actual de la técnica no es necesaria la guerra de desgaste. El adecuado empleo de columnas motorizadas más bien evita una prolongada campaña de agotamiento. El ejemplo de la campaña occidental de 1940 demuestra que una fortificación considerable, aunque lineal, como la Maginot, con una casi doble cantidad de carros y paridad en tropas terrestres, no fué capaz de evitar la eficacia de los carros enemigos bien combinados. Con increíblemente pocas bajas humanas se consiguió una de las victorias más brillantes de la historia militar moderna, sin que hubiese necesidad de recurrir a morosos y sangrientos combates, sin previa preparación artillera que destruyese durante meses el sistema fortificado, sin que la infantería tuviese que lanzarse en renovadas y costosas oleadas al asalto de las fortalezas. Consideramos, por tanto, como muy probable que en el futuro no se producirán, al menos inicialmente, combates de desgaste en tierra, sino más bien creemos que el enemigo aspirará a conquistar por sorpresa los objetivos por él codiciados, y que —dadas las hasta ahora exiguas medidas de defensa adoptadas por el defensor— los conquistará en la Europa occidental más o menos sin lucha. Una vez en posesión de sus objetivos, procederá el agresor a su defensa con nuevos medios, de suerte que una recuperación de lo perdido resultará muy difícil y con insoportables pérdidas y destrucciones para el país conquistado, sobre todo si se emplean los métodos de guerra aérea que se han aplicado en la segunda guerra mundial y en Corea. Por estos métodos se hace menos daño a las tropas enemigas que a la población civil, que es inocente en lo que a la guerra se refiere, y que, además —como ha sucedido en Corea en pleno invierno—, pierde sus casas y sus instalaciones de refugio, los suministros de agua y de luz, sus trenes y sus puentes, sus provisiones alimenticias y sus ropas, y, finalmente, la vida.

Aunque nos parece muy necesaria una estrecha cooperación táctica entre las fuerzas de tierra y la aviación, se nos antoja, en cambio,

dudoso el éxito de una guerra aérea estratégica como la practicada hasta ahora. Para ello hay que exigir que los objetivos de los bombarderos pesados se escojan exclusivamente por razones estratégicas, y sólo a base del más escrupuloso cuidado y con respeto a las leyes humanitarias, de las cuales, desgraciadamente, se han apartado muchísimo las potencias.

Los objetivos para los bombarderos pesados son tanto más difíciles de determinar cuanto que los efectos de las bombas más modernas, como la atómica y la de hidrógeno, son terribles y muy difíciles de prever. Claro es que la misma ciencia que ha inventado estas bombas no tardará en hallar medios de protección contra ellas. Pero no se sabe si dichos medios de defensa llegarán a tiempo, o sea antes de que se decidan las potencias a emplear estas nuevas armas aniquiladoras. Con alguna probabilidad de acierto no puede decirse por ahora nada más que las bombas atómicas, a causa de su gran zona de acción y de la radioactividad que irradian en su presente estadio de desarrollo, no podrán utilizarse en la proximidad de las tropas propias ni para objetivos próximos codiciados. Sus espacios de ataque deberán situarse, de acuerdo con ésto, en la retaguardia del enemigo o en la de los países ocupados por él. Pueden emplearse también para evitar el acceso a zonas terrestres que —aunque sólo fuera pasajeraamente— no conviniese que ocupara el enemigo. Sus efectos serían mucho más graves en zonas de mucha densidad de población que en las poco pobladas. Ante la guerra aérea y sus consecuencias, no puede estar segura ninguna potencia en el futuro, ni la Gran Bretaña ni los Estados Unidos.

De la pericia en combinar la guerra terrestre y la guerra aérea dependerá en los combates terrestres futuros el éxito de la empresa.

Guerra marítima.

El tercer factor militar de la estrategia es la guerra marítima. La actual situación del mundo otorga a las dos grandes potencias marítimas, Estados Unidos y Gran Bretaña, el dominio de los mares. Lo necesitan, en efecto, si quieren que sus fuerzas de combate terrestres y aéreas puedan obtener, allende los mares, una intervención victoriosa.

La guerra marítima del porvenir se convierte así, en primer lugar,

en una cuestión de las dos grandes potencias marítimas aliadas. Pero como con la guerra marítima sola no podrá hacerse frente al gigantesco y autárquico bloque continental —el presunto enemigo de las potencias marítimas—, y como el dominio del mar es indispensable para el transporte de tropas y de fuerzas aéreas y de sus aprovisionamientos, situándolos en el frente, lo que interesa a las potencias marítimas es conservar el dominio de los mares para aventajar con él al enemigo. También en el terreno de la guerra marítima se han modificado notablemente los medios y los métodos de combate. De las batallas navales que vemos pintadas en viejos cuadros, con barcos de vela, y aun de las de la época de los acorazados, poco es lo que sobrevive. En la guerra de superficie se han dilatado tanto las distancias que los presuntos enemigos apenas llegan a verse. El área de acción de los combates tampoco se desarrolla ya en el encuentro entre dos flotas enemigas, sino en la guerra aérea contra objetivos marítimos y en la guerra submarina contra las flotas de guerra y mercante enemigas. Guerra submarina y defensa antisubmarina dominan el pensamiento de los marinos, tanto como la guerra aérea y la defensa antiárea. Ya no es necesario un número considerable de barcos de línea para dominar los mares, sino el número imprescindible de aviones y de portaaviones para el dominio y la observación aéreos, así como la defensa de los mismos y una buena protección contra submarinos. A menudo es más importante hundir un transporte que hundir el barco de guerra que protege el convoy.

La estrategia marítima de la segunda guerra mundial ha probado además la importancia de los desembarcos de tropas poderosas transportadas por barcos de superficie. Los Estados Unidos han dado en esto pruebas de su gran preparación. La habilidad en esta especialidad bélica de la estrategia se ha puesto de manifiesto en la guerra contra el Japón y recientemente en Corea, cuando el general Mac Arthur, después de iniciada su ofensiva para la reconquista de Seul, desembarcó tropas en la retaguardia enemiga y aceleró con ello considerablemente sus operaciones de tierra.

Lo más importante, sin embargo, será siempre la protección de los transportes marítimos, si es que la estrategia de las potencias marítimas quiere fijar el campo principal de combate en el Continente eurasiático. Las rutas marítimas necesitan —como se sabe de antiguo— de puntos

de apoyo, para disponer de bases de aprovisionamiento. Los bienes de transporte más importantes serán las tropas y su material bélico, sobre todo petróleo y caucho. Con ello ya se definen por sí mismas las rutas marítimas.

Para la defensa de la Europa occidental nos parecen, junto al Atlántico, de importancia suma el Mediterráneo, el Canal de Suez y las aguas en torno a Arabia y a la India. Eso es lo que nos parece a nosotros; habría que saber si opinan lo propio las potencias marítimas. Para los Estados Unidos, por ejemplo, juega un papel esencial la propia seguridad; cifra en mucho el valor de Alaska —como nos lo demuestran las medidas de protección adoptadas en aquella para nosotros tan lejana península—, y estima también en la misma proporción la defensa del Japón y de las islas del Pacífico. Para los Estados Unidos supone seguramente la dominación del Pacífico una seguridad a sus espaldas para poder enfrentarse con los problemas del Atlántico y de Europa. Es evidente que semejante dilatación de las medidas defensivas y de posibles acciones bélicas en mar y sobre el mar requerirá la aportación de fuertes contingentes de fuerzas de los Estados Unidos. Pero resulta que para la guerra marítima habrá que observar, igual que para la guerra terrestre y aérea, el principio expuesto en el primer capítulo acerca de la concentración de las fuerzas.

Así considerado el problema, la zona de combate se extiende a todo el globo. Toma proporciones no conocidas por las guerras anteriores. Se convierte en auténtica guerra *mundial*. Las dos anteriores no fueron más que sus precursoras. Se convierte en *guerra total* a lo ancho, a lo largo y a lo alto del espacio bélico y absorberá todas las relaciones y actividades de la existencia humana. Es bastante improbable que se pueda localizar esta conflagración. De ahí que los políticos deben precaverse y evitar jugar con fuego.

Guerrilleros y propaganda.

En la retaguardia de las tropas terrestres en lucha, en los alrededores de las bases aéreas, en los puertos de aprovisionamiento y en las estaciones, en los centros de las industrias enemigas, se desarrollará la

guerra de los guerrilleros y de la *quinta columna*, de los saboteadores y de los espías. El éter transmitirá a ambos bandos la guerra verbal de los oradores al servicio de la propaganda. Esta «guerra fría» ya ha comenzado, y ahora puede ya comprobarse que predominan en ella la cobardía y la mentira con más fuerza que nunca. ¡Cuántas veces se ha reprochado a personalidades dirigentes la falta de valor cívico! Pero si hoy estudiamos la prensa y la radio, comprobaremos con terror que en los portavoces de la opinión pública no se descubre actualmente ni el más ligero resto de tan estimable particularidad. Paciente y obedientemente repite todo el mundo el cúmulo de necedad que se le ofrece, incluso aunque por este medio se ponga en peligro la paz. Sólo rara vez se percibe una opinión personal; sólo rara vez advertimos en alguien una prudente reserva.

Carrera de armamentos.

Para crear el «stock» necesario de armas y de material de guerra, suele producirse ya antes de la guerra la carrera de armamentos, que desarticula la economía de la paz, aumenta la psicosis de guerra y acelera el peligro de un conflicto armado. Porque la potencia oriental, desde 1945, había puesto en marcha toda su industria para producción de material de guerra, las potencias occidentales se vieron obligadas a imitarla, para no exponerse al peligro de una desventaja. El Presidente de los Estados Unidos ha anunciado legalmente el estado de alarma. La industria bélica occidental funciona a toda presión.

Pero también en países no inmediatamente amenazados por la guerra se halla toda la economía, especialmente la industria, en función de la estrategia. Las otras necesidades vitales del hombre se declaran como bienes de lujo y dejan de producirse. Todas las materias primas se dedican a la producción de guerra. Su reparto no se dirige ya según las necesidades humanas, sino según su aspiración de destrucción. Los productos alimenticios se racionan; en la guerra, ambas partes aspiran a privar de ellos al enemigo; esta aspiración se cifra en la destrucción del pan y en sembrar el hambre considerado como arma de guerra.

Sólo las potencias autárquicas serán capaces de soportar una guerra

larga. ¿Es autárquico el grupo de potencias eurásicas? ¿Lo es acaso el grupo occidental? Para llegar a la autarquía, ambos grupos aspiran a ganar para sí aquellas zonas que puedan proporcionarles las materias primas que les faltan. En esto se hallarán seguramente los principales objetivos bélicos. Por la posesión de esas zonas es por lo que surgirá la *guerra caliente*.

¿Humanitarismo?

¿Qué es lo que significa, frente a estas perspectivas, una exigencia de humanitarismo? En el siglo pasado se constituyó la Convención de Ginebra para ayuda de heridos y enfermos. La Cruz Roja y los acuerdos de La Haya procuraron eliminar de la guerra algo de su dureza y crueldad. Ya entonces no todas las potencias secundaron aquellas aspiraciones paliativas. Algunas, que se habían sumado a las disposiciones generales, se apartaron de ellas en la embriaguez del triunfo. Pero ahora vacila el principio de humanización más que nunca, a pesar de que la dureza de los medios bélicos, el ámbito de las destrucciones y el número de las víctimas inocentes aumentan sin cesar. ¿No sería una de las tareas más urgentes la de celebrar una conferencia para concertar una nueva ordenación de la guerra que aspirase al menos a una protección de la inocente población civil, que limitase al menos los efectos de la bomba atómica? ¿No podría lograrse la declaración de zonas civiles, en las que no pudiera arrojarse bombas atómicas, al menos sobre mujeres y niños, para aminorar en lo posible el terror de la guerra?

La guerra moderna.

La esencia de la estrategia moderna se nos presenta, por tanto, de la manera siguiente:

a) Como guerra de movimiento en tierra y en el aire, en amplios espacios, apoyada en bases protegidas y en comunicaciones aseguradas que, según la peculiaridad del escenario bélico, se servirán por tierra, por mar o por vía aérea.

b) Como una guerra de las industrias, de las materias primas y de los productos alimenticios de primera necesidad.

Pero por encima de todo está, como en otros tiempos, el factor decisivo de primer orden: el hombre en su significación numérica, en su capacidad bélica, en sus posibilidades intelectuales. El espíritu humano produce las ideas que dominan el mundo; él decide sobre guerra y sobre paz; él prepara la decisión por medio de la expansión de sus ideas. La guerra ideológica, que comienza sin derramamientos de sangre, está incesantemente en marcha, hasta que una voluntad fanática siente el impulso de realizar la propia convicción y a provocar una decisión por medio de las armas. Pero coincidiendo con el momento de la acción aparecen las circunstancias imponderables, que solemos calificar de «casualidad» o de «fricción», y que nos sitúan en la «nebulosa de la inconsciencia»; en ella han de adoptar todos los políticos y estrategas sus decisiones, tan difíciles de tomar cuando estos hombres no pierden el sentido de la responsabilidad. Feliz será aquel pueblo que tenga asegurada su vida material y que tenga un potencial suficiente para estar siempre alerta. Feliz también aquel pueblo cuyos dirigentes se distinguen tanto por la prudencia y sabia medida como por el valor y la precaución, virtudes que conducen a encontrar, saliendo de las tinieblas del presente, la luz más clara del porvenir.

III.—SOBRE LA GEOGRAFÍA MILITAR DE EUROPA.

Decíamos antes: Para llegar a la autarquía, ambos grupos aspiran a ganar para sí aquellas zonas que puedan proporcionarles las materias primas que les faltan. ¿Es Europa una de esas zonas? ¿Será, por tanto, un objetivo bélico necesario a las grandes potencias? No de un modo imprescindible. Otras razones pueden ser más importantes.

A través de la vieja Europa pasa, desde 1945, la frontera de las zonas de intereses de la Unión Soviética y de las potencias occidentales: el *telón de acero*. Cuando en 1945 descendió el telón de acero, ello se produjo, sin duda, por causas ajenas a la provisión de materias primas por parte de las grandes potencias. El trazado de frontera entre Este y Oeste se realizó con la misma arbitrariedad como en otros lugares, por ejemplo, en Corea. En un principio se llevó a cabo para establecer cuatro zonas administrativas creadas por los vencedores—americanos, ingleses, rusos y franceses—, con el fin de administrar y dismantelar el país conquistado. Obraban según la ley del vencedor y de acuerdo con el viejo principio: el poder precede al derecho. Las fronteras de Alemania se modificaron; el Estado prusiano, la llave del Reich, fué disuelto. Las leyes de las zonas ocupadas fueron abolidas y sustituidas por una legislación que servía a los fines del vencedor; legislación dictada por el Consejo de Control, porque aun existía un principio de acción común en Europa. Las potencias occidentales desconocían en absoluto el carácter de los pueblos y de sus políticos, sobre todo de los de la Unión Soviética, y en especial adolecían de ignorancia de sus fines políticos.

Las potencias occidentales, impulsadas por la sola idea de aniquilar al primitivo enemigo alemán y de privarle para siempre de un movimiento autónomo, creían que la Unión Soviética perseguía el mismo fin. Consideraban ingenuamente que la Unión Soviética era «otra forma de la democracia», con la que podrían llegar a convivir pacíficamente. El

deseo de despertar la complacencia de Stalin y el odio contra el naciismo y el fascismo, movidos por los planes miopes y sentimentales de desmantelamiento y de aniquilamiento de un Morgenthau y sus secuaces, dictaron la política que precedió y que siguió al armisticio. Querían venganza, y odio y venganza dieron relieve a la política y a la economía de los años transcurridos desde 1945. Y siguen siendo la nota característica, aunque numerosos políticos de peso hayan reconocido que sobre el odio y la venganza no puede erigirse ninguna política razonable.

Una ojeada a la geografía física de Europa, en la que incluimos la Rusia al Oeste de los Urales, nos muestra una zona que, desde la cordillera de los Urales hasta el Mar Caspio y el Mar Negro, así como hasta las costas del Mar Blanco, del Báltico y del Mar del Norte, es una llanura, apenas interrumpida por escasos e insignificantes accidentes. Estos accidentes no presentan ningún obstáculo militar, como tampoco lo constituyen los ríos que riegan el vasto espacio descrito.

La primera cadena de montañas que posee importancia militar es el Cáucaso, que separa la zona terrestre entre el Caspio y el Mar Negro. Esta cadena de montañas se encuentra totalmente en manos rusas. La frontera rusa está al sur de aquélla, en las cimas del Pequeño Cáucaso, en la altiplanicie armenia.

Al oeste del Mar Negro y al norte de la desembocadura del Danubio se halla, en primer lugar, la cordillera de los Cárpatos, cuya prolongación —los Sudetes, los Montes Metálicos o Erzgebirge y la selva de Turingia— penetra ya directamente en la Europa occidental. Si los Cárpatos, los Sudetes y los Montes Metálicos constituyen aún en cierta medida obstáculos militares, la selva de Turingia es ya más franqueable, mientras las montañas situadas al Oeste, en la Alemania central —la zona montañosa de Hesse y del Weser—, ya no pueden calificarse de obstáculos. También las montañas próximas al Rhin son tan fáciles de salvar, que sólo en muy contados puntos ofrecen dificultades.

Muy distinta es, en cambio, la situación que ofrece el paisaje al mediodía de la zona descrita. Las cordilleras de Bohemia, con la selva de igual nombre y la selva bávara, convierten a Bohemia en un bastión propio. Las estribaciones meridionales de los Cárpatos convergen, al sur del Danubio, hacia los Alpes, el único macizo considerable de Europa,

que, comenzando con amplitud entre el Adriático y el Danubio, abarcando la zona del nacimiento del Rin y del Ródano, separa, en un gran arco, a la Alemania del Sur, Suiza y la Francia del SE., de la llanura costera del Mediterráneo y de la llanura de la Italia septentrional. Este sistema montañoso tiene tres prolongaciones importantes: hacia el SE., los Alpes Dináricos y los Balcanes, con abundantes estribaciones en su península; hacia el SO., los Pirineos; mientras, por el centro, deriva hacia los Apeninos, que cubren la península italiana. La estructura peculiar del relieve y del litoral de la Europa meridional presta a esta zona una cierta fuerza natural.

Las tres grandes penínsulas que, desde el tronco continental europeo, arrancan para penetrar en el Mediterráneo, están protegidas por los Balcanes, por los Alpes y por los Pirineos, como por fortaleza naturales, contra el Norte. Si estas cadenas de montañas están en manos del defensor del espacio mediterráneo, puede asegurar sus bases aéreas y sus rutas marítimas, y esto será tanto más eficaz cuanto más seguro esté de la posesión de los Dardanelos.

En la punta opuesta de la muy variada Europa se elevan grandes cordilleras en la península escandinava, que con un litoral rico en puertos y con los archipiélagos oceánicos del Norte —las Faroës, Islandia, Groenlandia, Spitzberg— ofrecen importantes puntos de apoyo para la defensa del Pacto Atlántico.

Si prescindimos ahora de las actuales fronteras políticas y consideramos en primer lugar las propiedades físicas de nuestro continente a la luz de la estrategia, llegaremos a la conclusión de que los grandes movimientos militares pueden llevarse a cabo con mayor facilidad en la prolongada planicie que se extiende desde los Urales hasta la costa del Canal y del Atlántico, y que, además, al dueño de los Cárpatos le sería posible, al amparo de Rumania y de la llanura húngara, un ataque en la vertiente norte de los Alpes aguas arriba del Danubio, mientras la ocupación de las tres penínsulas mediterráneas tropezaría con muchas más dificultades.

Además, vemos que la posesión de la península escandinava con sus puertos libres de hielo en la costa occidental y las islas citadas en el Atlántico Norte, asegura la defensa del flanco septentrional de la Europa

de Occidente, igual que la posesión de los Dardanelos apoya la defensa del flanco sur.

Quien pretenda defender la Europa occidental tendrá que conservar dos puntos básicos: Asia Menor en el SE. y la península escandinava con las islas del Atlántico Norte en el NE. Tendrá que contar con medios para sostener también las tres penínsulas mediterráneas: los Balcanes, Italia y la Península Ibérica. Finalmente, tendrá que estar dispuesto a la defensa de la Europa central, el espacio en que podrán moverse con más facilidad las fuerzas móviles y que, por esta razón, según todas las previsiones posibles, aprovechará el agresor.

La ojeada al mapa y la reflexión al hilo del mismo muestran que la misión citada en el último lugar deberá ser la más difícil, y que para su solución se requiere el mayor número de fuerzas y al mismo tiempo el más alto grado de preparación.

Distinta y aun opuesta es la situación para el agresor de la Europa occidental; procedente del Este, el agresor se halla ante la posibilidad de elegir entre el ataque móvil a través de las llanuras de la Europa central y la previa ocupación de zonas mediterráneas a través del Mar Egeo y de la península escandinava. Podría ser que las fuerzas pudieran realizar simultáneamente la triple operación, pero esto dependerá de las obligaciones a que tenga que enfrentarse la potencia oriental. El movimiento más rápido se producirá, previsiblemente, hacia la llanura, siempre que los obstáculos naturales jueguen algún papel. Sin embargo, la distribución de fuerzas del enemigo, en el momento de la decisión, puede conducir a un enjuiciamiento opuesto.

La forma geográfica de Europa permite, a causa de su variada configuración costera y del carácter montañoso de los países a defender, una defensa apoyada en fortificación y realizable con relativamente poca fuerza humana. Las costas y las montañas condicionan la situación de los puntos de apoyo de la defensa y la convierten al mismo tiempo en estacionaria. De todas maneras, la extensión espacial de estas zonas y el deficiente estado actual de las fuerzas de defensa locales exigirán ya grandes esfuerzos si se quiere llegar al éxito.

Si pasamos de la consideración física a la política, se agregan nuevas dificultades. La preparación de fuerzas suficientes se dificulta porque un número importante de los países situados en las zonas de defensa se han declarado neutrales, y no han sido incluidos en los planes comu-

nes de defensa. En este caso hay que citar a Yugoslavia, Suiza, Suecia y, finalmente, a España. En tanto pueda tenerse confianza en la neutralidad de estos Estados, el defensor puede estar tranquilo. Pero si cualquiera de estos Estados adopta una actitud dudosa, el plan de defensa se resquebraja, se produce un hueco, una incógnita, cuyas consecuencias son difíciles de prever.

La consideración del grado de confianza que puede ofrecer un Estado neutral, en el sentido occidental, no puede ser objeto de estudio en estas páginas. Debería tenerse, sin embargo, en cuenta.

La posesión de los flancos es de cualquier suerte imprescindible para la defensa de la Europa occidental.

Desde época más reciente vuelve a plantearse la cuestión de la instalación y defensa de reductos territoriales. Se propuso la construcción de un gran reducto alpino al este de Suiza, creyéndose que se obtendría así un eficaz resultado de contención contra una posible avalancha procedente del Este. Al examinar el valor de un reducto hay que preguntarse el fin general que ha de cumplir semejante fortificación. Los partidarios de estos reductos contestarán, seguramente, que éstos sirven para que un ejército se refugie en ellos, caso de que tenga éxito el ataque enemigo, defendiéndose en la posición hasta la llegada de refuerzos. Tal estrategia presupone la preparación y el abastecimiento del reducto para poder resistir en él el tiempo necesario. Tiene que tratarse, por tanto, de un reducto muy grande, lo que implica un número elevado de tropas y de provisiones. Cuesta mucho dinero. Pero si se plantea la cuestión de que para qué se constituyen los ejércitos, se dirá que para defender a su pueblo y su país, pero no para sustentarse a sí mismos, en el caso de peligro extremo, mientras el enemigo ocupa la patria y gobierna al pueblo.

Los reductos en la zona alpina apenas tendrán valor para la defensa del Occidente europeo. El agresor, venga de donde viniere, no necesita ni atacarlos ni asediarlos para ocupar las zonas más importantes del continente, para apoderarse de sus materias primas y de sus industrias, de sus comunicaciones y puertos, y, finalmente, del máximo bien de todo pueblo, o sea de sus hombres. Sobre el valor de la defensa lineal ya se habló en el opúsculo *¿Puede defenderse la Europa occidental?* (1).

(1) Plesse Verlag, Göttingen, 1950.

Si se cuenta necesariamente con el hecho de que un agresor pueda entablar la guerra de movimiento, que posee para ella un ejército móvil y una potente aviación, es posible que, mediante fortificaciones, un avance se desvíe de ciertos aunque limitados objetivos durante algún tiempo; difícilmente, sin embargo, podrá conseguirse algún resultado decisivo con este sistema frente a los amplios espacios de los nuevos teatros de operaciones. En la guerra futura podría ser más decisivo el encuentro en campo abierto, como antaño, y ahora también en la tercera dimensión, o sea en el espacio aéreo.

Si decíamos antes que la posesión de los flancos montañosos del Occidente europeo es imprescindible para la defensa y que dichos flancos han de asegurarse con fortificaciones, no debe descuidarse el hecho de que la defensa del espacio principal de la Europa occidental deberá hacerse, a causa de la llanura abierta y franqueable, por medio de fuerzas móviles. Se convertirá en la tarea clave de la estrategia del defensor.

Hemos observado lo íntimamente ligada que está la defensa de la Europa occidental con la defensa de otras zonas del globo. En el SE. penetra en el Asia Menor; la posesión de esta zona coincide con la defensa de Arabia y del Iraq; roza con el espacio pérsico: son regiones que poseen los más importantes yacimientos petrolíferos de las potencias occidentales. De ahí que puedan ser probable objetivo de los ataques del Este.

También hemos observado que la defensa de la península escandinava penetra en el Artico. El Artico no es necesariamente, como en otros tiempos, un obstáculo. Puede salvarse por aire. Los dos bloques de potencias pueden alcanzar, volando sobre el Polo Norte, importantes objetivos con sus bombardeos pesados.

Por estas razones, la organización terrestre de las fuerzas aéreas de ambos grupos de potencias recibe una configuración nueva y más amplia. Esta organización necesita de cuidados y de comunicaciones; exige la instalación de bases, en las que en otras guerras no solía pensarse. En relación con esto, el Norte de Africa y la Península Ibérica adquieren para las potencias occidentales una importancia cada vez mayor. En estos espacios, hasta cierto punto seguros contra ataques de tierra y aire, puede organizarse la concentración de reservas. En estas zonas

pueden establecerse centros de reclutamiento y depósitos de armamento, una vez que se hayan creado los supuestos políticos para tales medidas. Carece de sentido el establecer tales instalaciones delante del presunto frente o inmediatamente detrás de él, donde estarían expuestas a cualquier cambio y tendrían que ser trasladadas inmediatamente a otro lugar.

Al repasar la geografía política de nuestro pequeño continente llegamos, además, a otros hechos. La geografía política se determina por el ya citado «telón de acero» que separa a la zona de influencia occidental de la potencia soviética. El «telón de acero» debe su existencia a las relaciones íntimas que existían al final de la guerra entre la Unión Soviética y las potencias occidentales. Ninguna clase de reflexión histórica, económica o militar puede haber justificado este trazado de frontera por parte de los occidentales. Únicamente el deseo del Presidente Roosevelt de mantener buenas relaciones con Stalin, deseo al que se asociaron después las políticas británica y francesa, dictó esta frontera, que hoy tendrá que reconocerse como imposible.

Si empezamos en la Europa central, veremos nuestra patria arruinada, despojada de sus grandes regiones agrícolas, partida en dos zonas, dividida también la capital Berlín, con su sector occidental convertido en isla en medio de la zona soviética, a la que pertenecen también las montañas importantes y los grandes ríos —menos el Rhin—. Y hacia mediodía, a nuestra vecina Austria le ha sucedido lo mismo.

El trazado de frontera política en la Europa central es una verdadera desdicha. Pero no es la única. Hungría, Polonia, Checoslovaquia son satélites soviéticos sin objeción. Constituyen una fuerza homogénea, aunque hostil a Occidente. Pero Austria limita por el SE. con Yugoslavia, cuya actitud fué hasta ahora dudosa. Esta limita, a su vez, con Albania, país pequeño, ciertamente, pero costero del Adriático, y, además, satélite soviético.

Al norte del Báltico está Suecia, que por respeto a su vecina oriental, Finlandia, quiere mantenerse neutral y que por eso no representa ningún factor considerable para la defensa occidental.

Detrás del vacío que constituyen Austria y la República Federal de la Alemania Occidental, está Suiza, también neutral. Y frente a la

República Federal de la Alemania Occidental se halla la zona soviética de Alemania.

Será muy difícil, a la vista de esta geografía política, organizar una defensa eficaz.

Si se contempla entonces lo que queda al Oeste de esta «avanzada» de la Europa occidental, se comprobará que es la franja de un continente pequeño y atemorizado, franja que deberá ser defendida de espaldas al Atlántico. Ya no hay posibilidad de retroceder más; aquí ya hay que resistir de veras. Se trata auténticamente de la defensa de cada metro cuadrado. Si se procede de otro modo, lo mejor será ponerse el salvavidas.

Los extremos occidentales de Europa en el Sur y en el Norte ofrecen —como ya se ha dicho— mejores perspectivas. Corresponden, empero, a los países menos importantes de Europa, desde los puntos de vista demográfico, industrial y de materias primas. También con referencia a ellos hay que considerar que, igual que en la actitud incierta de Yugoslavia y las precauciones de Suecia, la defensa de esos países ofrece diversas interrogantes.

Esta situación podría conducir a tener en cuenta la posibilidad de proceder a la defensa por la agresión, para situar aquélla en un terreno más favorable. Pero nosotros sabemos, por propia y amarga experiencia, que un ataque de Oeste a Este requiere fuerzas muy poderosas; que el espacio ocupado de Oeste a Este se dilata cada vez más y que, con un ejército que avanzara triunfante, necesitaría cada vez más tropas; que sus líneas de comunicación son cada vez más largas y más vulnerables; que la ideología de la población de los países orientales es cada vez más dudosa, que el peligro de los guerrilleros crece cada vez más. Ya que para lo más importante, la defensa, no existen las fuerzas ni siquiera necesarias y no están tampoco dispuestas, la fantasía de un ataque se deshace por sí sola.

Tal y como están las cosas en Europa, la mera superioridad aérea no basta para la posesión y mucho menos para la recuperación de este continente. La guerra de bombardeos puede destruir, pero no defender ni conquistar. Puede, mediante una cooperación orgánica con tropas y flotas, facilitar enormemente, incluso decisivamente, sus operaciones. Para la defensa y sobre todo para la recuperación de territorios es nece-

sario poseer un ejército de tierra. Si éste no existe no puede ser suplido por los bombarderos.

Si la defensa de Europa es tan difícil y requiere tantas fuerzas, podría suceder que las potencias occidentales tuvieran la idea de abandonarla. Pero frente a esta tentación se levanta el hecho muy esencial de que, con excepción de los Estados Unidos, las potencias tendrían que abandonarse a sí mismas. Y los Estados Unidos, que están ahora en trance de perder el mercado del Asia Oriental, perderían entonces también para siempre el mercado europeo. Ellos son los que tendrán que decidir si pueden permitirse, desde el punto de vista económico, semejante lujo.

Perderían las materias primas europeas, que les hacen gran competencia, y la industria europea; pero perderían sobre todo el mercado consumidor de Europa que absorbe ahora una gran parte de su gigantesca producción industrial. Si se acaba este negocio, sólo les quedarían América misma y Africa, aunque el mercado indico tampoco estaría abierto para ellos durante mucho tiempo.

Pero no sólo en la economía se producirían grandes desventajas. También política y militarmente el abandono de Europa tendría desfavorables resultados: el bloque oriental no sólo sería costero del Pacífico, sino que se convertiría en país atlántico, con extenso litoral, y dominaría además el Mediterráneo. Con ello podría muy pronto no sólo ocupar el Asia Menor y la India, sino incluir en su zona de influencia también el Africa septentrional. La significación del bloque occidental decrece según aumenta la del bloque oriental.

Por ello creemos que hay razones políticas, militares y económicas que obligan a las potencias occidentales a sostenerse en la Europa occidental. La pérdida de este pequeño continente tendría como consecuencia el abandono sucesivo de zonas más grandes y más insustituibles. Significaría también a la larga probablemente la desaparición de la raza blanca, que aquí tuvo su origen y que desde aquí emprendió su marcha triunfal sobre el planeta; el punto culminante de esta victoria lo han visto los más ancianos que aun viven entre nosotros y que nosotros, por nuestra propia culpa, hemos abandonado poco después de haberlo alcanzado, lanzándonos a guerras fratricidas sin sentido; mientras los hombres amarillos y negros contemplaban nuestra carnicería, para

pasar después a posesionarse de la rica herencia. Esto es lo que sucede y seguirá sucediendo a ritmo acelerado, si el instinto de conservación de los blancos no hace brotar a última hora un sentimiento de solidaridad para que los combatientes se unan con el fin de hallar su salvación.

Esta opinión puede justificarse plenamente si repasamos brevemente el potencial de Europa y de las potencias occidentales. La sinopsis que sigue no pretende ser exhaustiva ni aspira a poseer una rigurosa exactitud científica. Se limita a mostrar qué es lo que materialmente se pondrá en juego, caso de producirse ahora la catástrofe.

(Continuará.)

